



Capítulo 390 - Técnica Suprema.

[Hace unas semanas - Cámaras de sellado del clan Baal]

El silencio era absoluto.

En lo profundo del castillo de Baal, donde ni siquiera la luz natural se atrevía a aventurarse, Rafaelina se había aislado —voluntariamente. La bóveda de contención había sido sellada con tres capas de barreras arcanas y una antigua runa selladora. Nadie podía entrar. Se suponía que nadie debía irse.

En el centro de la cámara, ella estaba de pie con los ojos cerrados. El aire a su alrededor vibraba de calor. Goteaban lentamente gotas de sudor por su cuello, evaporándose incluso antes de tocar el suelo.

"Comencemos", murmuró, con el sonido de su propia voz tragado por la presión del ambiente.

Ella respiró profundamente. Su ritmo cardíaco se aceleró como un tambor de guerra.

GOLPE. GOLPE. GOLPE.

La sangre dentro de sus venas respondió, como si cada célula hubiera sido llamada a la acción.

Fue la técnica de Vergil—Circulación sanguínea acelerada. Un método de mejora física extrema que obligaba al flujo sanguíneo a operar por encima de su límite, alimentando músculos, tendones y huesos con energía casi explosiva.





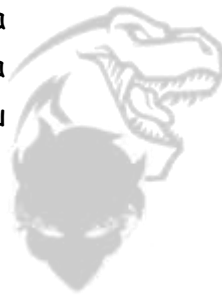
Con cada segundo que pasaba, su cuerpo ardía como un horno viviente.

Sus músculos se volvieron más densos. Sus reflejos más agudos. Su piel más resistente. Podía destruir una pared de un solo golpe, correr como un borrón, resistir las palas como si fueran viento. Era un estado de supremacía física temporal.

Pero...

Ella ya lo dominaba.

En sólo cuatro días dentro de ese infierno de piedra y magia, Rafaelina había alcanzado la cima de la técnica. Cada paso del flujo, cada microajuste en la velocidad de su sangre, cada transición entre fases—todo estaba bajo su control absoluto.



Y ella no estaba satisfecha.

"Esto no es suficiente", dijo, abriendo los ojos. Había impaciencia en su mirada. Desprecio por los límites. Ira por la mediocridad.

La técnica le ofreció fuerza temporal. Pero el cuerpo finalmente cedió. Se rompió. Fue una llama intensa pero breve.

Ella quería más.

Ella quería permanencia.



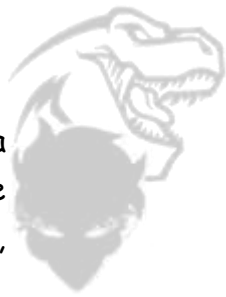
Fue entonces cuando tuvo la idea.

"¿Qué pasaría si la sangre... no simplemente circulara?" ella pensó. "¿Qué pasaría si evolucionara conmigo?"

Al contrario de lo que se esperaba de un guerrero en entrenamiento, Rafaelina no se movía con ráfagas de energía. Permaneció inmóvil, concentrada, inmersa en una profunda introspección. La batalla ahora era interna—contra sus propios límites biológicos, contra la naturaleza estática de la sangre.

Se sentó en el suelo, cruzó las piernas y comenzó a dirigir su percepción hacia adentro. Sintió el flujo sanguíneo en sus dedos, sus pies, su lengua. Cada latido del corazón se convirtió en una orden. Cada veta, un camino vivo.

La técnica de Vergil era funcional, sí. Pero también era primitivo — obligaba al cuerpo a responder. Ella quería lo contrario: que el cuerpo y la sangre respondieran antes de que surgiera la necesidad. Moldearse proactivamente, adaptándose al entorno, al daño, al enemigo.



"La sangre es vida. Es mágico. "Es información", pensó, activando runas de monitoreo grabadas debajo de su piel con sangre concentrada. Los círculos mágicos reaccionaron a cada cambio en su frecuencia cardíaca, registrando pulsos, temperatura y densidad arcana.

Comenzó a probar variaciones mínimas en la circulación.

Aceleró el flujo sólo en su brazo derecho. Luego sólo en sus piernas. Luego en sus ojos. Descubrió que ajustando el calor local, podía cristalizar temporalmente los glóbulos rojos y convertirlos en pequeños vectores de defensa mágica. Escudos de sangre condensada.



Una semana después, ya era capaz de manipular la sangre fuera del cuerpo con precisión quirúrgica. Los cortes que se hizo a sí misma fueron cerrados por microtentáculos de hemoglobina encantada. Más que regenerarse, la sangre obedeció. Ella había dado forma a la técnica.

Pero aún así, eso fue manipulación externa.

Ella quería una mutación interna.

Fue entonces cuando comenzó el proceso más peligroso: infundir su alma en sus células sanguíneas. Un ritual de simbiosis, prohibido en los círculos más ortodoxos de magia de sangre. ¿Las consecuencias? Innumerables. ¿Rechazo? Casi garantizado. Pero ella persistió.

Durante días estuvo atrapada entre estados febriles, delirio y colapso celular.

Sus venas palpitaban como cuerdas a punto de romperse. Su nariz sangraba incesantemente. Su cuerpo intentó destruirse a sí mismo para evitar el cambio. Pero ella permaneció concentrada. Cada vez que se despertaba de un desmayo, continuaba el ritual.

Hasta que finalmente... la sangre dejó de pelear.

Aceptó.

Las células, una a una, comenzaron a integrar partes de su energía espiritual, convirtiéndose en fragmentos vivos de la esencia de Rafaelina. Esto significaba que con cada nuevo ciclo de circulación, la sangre aprendía, memorizaba traumas, analizaba lesiones y anticipaba movimientos.





La sangre se convirtió en una conciencia secundaria.

A partir de entonces, la técnica dejó de ser una mera mejora física. Había creado una subforma de existencia, un estado en el que la sangre actuaba como red de defensa, ataque y regeneración autónoma.

Ella lo probó. Ella simuló cortes profundos en sí misma. La sangre se endureció debajo de su piel antes de que la espada la tocara. Proyectaba puños de sangre condensada, como garras que se formaban en el aire. Sus arterias comenzaron a brillar con una luz carmesí incandescente. Su corazón parecía bombear voluntad, no sólo líquido.

"Ya no es una técnica...", murmuró mientras se levantaba en el centro de la cámara, las cadenas de la bóveda de sellado comenzaban a temblar con una presión mágica. "...es una extensión de mi alma."

El aire se hizo más denso. Los sensores mágicos esparcidos por toda la cámara comenzaron a fallar y los cristales de monitoreo crepitaban como vidrios bajo fuego.



A partir de ese momento, Raphaeline ya no necesitó activar la técnica.

Ella era la técnica.

[Actual.]

Pero algo empezó a cambiar.

El silencio que llenaba la cámara fue roto por un sonido grotesco, casi inaudible —como si la realidad misma estuviera comprimiéndose en una gota.



Rafaelina, todavía de pie en el centro de la bóveda, abrió lentamente los ojos. Brillaban, ya no con iris visibles, sino con un brillo carmesí líquido. Por un momento, fue imposible saber si todavía había humanidad allí... o simplemente voluntad pura.

"No más pruebas", murmuró. Pero el sonido no salió como una voz. Resonó como un susurro en la sangre. Dentro de las paredes. Dentro del metal muy encantado que la sostenía.

El pulso de su cuerpo, que previamente había vibrado en armonía con la técnica, comenzó a acelerarse de forma anormal. El aura que emitía se volvió densa como el petróleo, comenzando a empujar físicamente el aire y a romper el suelo a su alrededor.

Entonces, sin previo aviso...

CRACK.

En las piedras aparecieron venas rojas, como arterias que se extendían por todo el mundo circundante. Las antiguas cadenas que sellaban la bóveda comenzaron a vibrar, tratando de resistir. Pero la presión sólo aumentó.

Rafaeline apretó los puños y respiró profundamente por última vez.

"Veamos si el alma sigue al cuerpo... o si arde en el proceso", dijo, y en ese instante rompió el flujo.

Fue como liberar un tren descarrilado.





Un impacto invisible se extendió por el aire. El suelo explotó bajo sus pies. Las barreras encantadas temblaron y comenzaron a desmoronarse con el sonido del cristal agrietándose.

Y luego... ella se desmoronó.

El cuerpo de Rafaelina se disolvió en un torrente de sangre oscura, espesa y brillante. No había huesos. Sin carne. Sólo sangre pura, manteniendo su forma fluida con monstruosa precisión. Flotaba en el centro de la cámara como una esfera orgánica, pulsante, viva. En su superficie aparecieron y desaparecieron rostros y ojos—fragmentos de recuerdos, instintos, recuerdos.

La presión mágica se multiplicó por diez.

Los muros comenzaron a gotear de sudor rojo, como si el propio castillo intentara imitar a este nuevo ser que pulsaba en su interior. Un grito silencioso resonó por los pasillos abandonados, llegando incluso a las profundidades donde el clan había sido evacuado.



En el núcleo de la esfera líquida, pequeños rayos de luz bailaban, como sinapsis que intentaban reorganizar la conciencia. Ya no era sólo Rafaeline. Era algo más allá, un ser entre lo físico y lo arcano.

Y entonces todo explotó.

¡KABOOOOOMM!

La cámara fue envuelta por una tormenta de sangre viva. Las runas selladoras se evaporaron. Las paredes se derrumbaron hacia afuera como si estuvieran hechas de arcilla. La bóveda explotó, arrojando fragmentos de piedra encantada en todas direcciones.



Un torbellino carmesí se elevó desde el centro de la destrucción, girando lentamente, como un tornado hecho de furia y pura voluntad. Y en el fondo, los fragmentos comenzaron a volver a ensamblarse.

Desde el interior del vórtice, la sangre comenzó a recomponerse.

El cráneo emergió primero. Luego los hombros. Músculos unidos con venas de magia viviente. Los ojos se reabrieron, ahora con pupilas verticales, brillando como rubíes fundidos.

Rafaeline regresó—renació en su forma más pura.

Cayó de pie entre las ruinas de la cámara de sellado, desnuda, jadeando... pero sonriendo. Una sonrisa tranquila, casi serena, pero que ocultaba una locura creciente.

"Ahora sí..." susurró.

Su cuerpo emanaba un calor palpable y el aura escarlata que la rodeaba era tan densa que ondulaba como vapor. Luego, de repente, arqueó el cuello hacia atrás y comenzó a reír —primero suavemente, luego en voz alta y luego completamente fuera de control.

"Jajaja... JAJAJAJAJAJAJAJAJA!! iiiLO HICE!!!" Su grito resonó en las entrañas del castillo como una explosión. "iiiUNA TÉCNICA DEFINITIVA!!!"

Su risa era tan poderosa que ondas de choque se extendieron en todas direcciones, arrasando pasillos, destrozando columnas y.... noqueando a todos en el Clan Baal. Guardias de élite, sacerdotes, incluso los ancianos— todos cayeron donde estaban, sus mentes se ahogaron en la presión de su presencia.



Incluso las ciudades vecinas sintieron el impacto. Las torres se agrietaron, los animales se quedaron en silencio y el cielo se volvió de un rojo intenso. El infierno reaccionó como un organismo vivo, sintiendo que había nacido algo terrible y glorioso.

Oye, la fiel doncella apenas podía mantenerse en pie. Temblando, se acercó a la entrada de la cámara ahora completamente destruida, con los ojos muy abiertos ante la figura que emergía de la niebla carmesí.

"¿M-Señora...?" Ella tartamudeó y su cuerpo casi se negó a reconocer la presencia que tenía ante sí.

Rafaelina se giró lentamente, su sonrisa ahora se transformó en una expresión de éxtasis divino.

"Lo he logrado... ILUMINACIÓN!!!" proclamó con los brazos abiertos, excéntricamente teatral.

Y entonces sucedió algo surrealista.

Desde las profundidades de la bóveda destrozada, cientos de espadas —cada una forjada, encantada, recolectada o conquistada por Rafaelina durante cuatrocientos años— comenzaron a vibrar. Uno a uno, emergieron del suelo, perforando la tierra y flotando hacia ella como si fueran niños corriendo hacia los brazos de su madre.

"¡VENID A MÍ, HIJOS MÍOS!" Ella rugió y todos obedecieron.





Las espadas comenzaron a fusionarse alrededor de su cuerpo, derritiéndose en sangre viva, girando en elegantes espirales, formando runas, armaduras líquidas y símbolos olvidados por dioses muertos.

Cada espada se disolvió y fue absorbida por su piel escarlata como si reconocieran su verdadero hogar.

Ei, arrodillado, observó en completo shock.

La mujer que la precedió ya no era sólo una guerrera. Ella era una entidad.

"Sí..." Rafaeline murmuró para sí misma, ignorando por completo la presencia de Ei. "Un nuevo cuerpo. Una nueva técnica. Un logro digno de siglos..."

Ella levantó sus ojos brillantes, todavía sonriendo.

"Cuerpo demoníaco de la Diosa de la Sangre Escarlata..." dijo, saboreando cada palabra.

Y luego, como si proclamara una profecía: "Técnica Suprema: Control Absoluto de la Diosa de la Sangre"

